

Territorios periféricos y transición ecosocial

¿Hacia nuevos nodos biorregionales?

Después de analizar la posición subalterna de las periferias urbanas respecto a las grandes ciudades, el artículo examina las posibilidades de la biorregión para reequilibrar las fracturas territoriales en el contexto de la crisis ecosocial. El reto de encarar transiciones ecosociales supone pensar de forma alternativa la organización y gestión de la ciudad y el territorio. Una premisa para hacerlo es dejar de pensar desde los centros y al servicio de los centros, permitiendo que las periferias pasen a primer plano.

No hay centro para tanta periferia

La periferia se suele entender en relación a un centro, y generalmente como su negativo o su opuesto. También podemos visualizar la periferia como borde o límite, como la parte de un elemento o un sistema que nos permite percibir su dimensión completa.

Si pensamos en la ciudad, haciendo nuestra la consigna vecinal surgida de una de las periferias históricas madrileñas, el distrito de San Blas, podemos afirmar que “no hay centro para tanta periferia”. Asociamos al centro la esencia de la vida urbana, el espacio donde se concentran los usos más atractivos y los enclaves de mayor valor económico; la periferia en comparación sería la parte perdedora, donde se evidencia la desigualdad territorial urbana. Y sin embargo, estas periferias con todas sus carencias y vulnerabilidades, suelen ser un epicentro de creatividad social e innovaciones. La periferia «es una microsociedad diversa, compleja, original, que dispone de un espacio particular, de una historia propia, y también de una cultura específica; se trata de una sociedad capaz de hacer, de decir, de pensar conforme a los rasgos de esta cultura original».¹

Nerea Morán Alonso es miembro de Germinando, Iniciativas Socioambientales S. Coop. Madrid

José Luis Fdez. Casadevante, *Kois* es miembro de Garúa S. Coop. Madrid

¹ M. Hatzfeld, *La cultura de los suburbios: una energía positiva*, Laertes, Barcelona, 2007.

La idea de centro y periferia urbana ha ido mutando en el último siglo. En aquella ciudad preindustrial compacta y compleja, hace tiempo desaparecida, existía una mezcla social en el espacio urbano, en los barrios y en los propios edificios, y su borde era un área de transición hacia las zonas agrícolas y naturales. Las periferias obreras se conformaron como barrios que crecían en los confines de esa ciudad histórica y burguesa, y eran su reverso en términos físicos y sociales. Una amalgama de barrios obreros, en su origen autoconstruidos, y posteriormente de edificaciones de baja calidad constructiva y estética, con deficientes equipamientos, comunicaciones y espacios libres. Pero a la vez territorios de fuerte identidad y de cultura cooperativa, origen de movimientos obreros y vecinales reivindicativos que tuvieron en ellas su espacio de referencia y de arraigo, desde el que fueron capaces de impulsar radicales cambios en la política y en la ciudad.

Con el tiempo y la expansión urbana, esas periferias obreras que físicamente han pasado a formar ya parte de la ciudad, siguen siendo un universo diferente. Es cierto que las condiciones urbanísticas han mejorado. Gracias a los procesos iniciados por los movimientos vecinales en los años ochenta se comenzaron a dignificar los barrios obreros con equipamientos, zonas verdes, infraestructuras y servicios urbanos. Desde entonces, numerosos programas han intentado transformar las condiciones de empleo, formación, igualdad, etc. Sin embargo, no se ha llegado a lograr un verdadero y difícil reequilibrio urbano: la brecha socioeconómica sigue presente e incluso se ha acentuado la polarización territorial. En las principales ciudades del país las diferencias entre barrios ricos y barrios pobres son abismales, y lo son más cuanto mayor es la ciudad, tanto en esperanza de vida como en renta. Así, en Madrid la renta media del barrio más rico es 7 veces mayor que la del más desfavorecido, y en Barcelona es 4 veces y media mayor.²

En la ciudad difusa que habitamos en la actualidad podemos hablar de nuevas periferias metropolitanas, que suponen los límites de la aglomeración urbana. Esos límites, próximos en términos de distancia, pero ausentes en los imaginarios, están conformados por un espacio periurbano ocupado por urbanizaciones y edificaciones dispersas, pero también por áreas baldías, infraestructuras e instalaciones al servicio de la ciudad (depuradoras, centros logísticos, vertederos, energía, transporte), polígonos industriales, tecnológicos, comerciales y de ocio, así como por islas de suelo agrícola o natural altamente fragmentadas. Esta maltratada y despreciada periferia metropolitana debe dejar de ser un conglomerado de espacios residuales para convertirse en un elemento vertebrador del territorio. Emergentes movimientos ecologistas, campesinos y vecinales se están esforzando en su reconceptualización, reclamando su protagonismo como sistemas agrícolas, ecológicos o hidrológicos. Una tarea que contempla su regeneración, su reconexión y la maximización de sus potenciales funciones ecosistémicas y de proximidad.

² J. L. Fernández Casadevante *et al.*, *Ciudades en Movimiento. Avances y contradicciones de las políticas municipalistas ante las transiciones ecosociales*, Ed. Foro Transiciones, Madrid, 2018.

Finalmente, si pensamos en la ciudad-región, en esos ejes y sistemas urbanos compuestos de ciudades hiperconectadas que concentran la actividad económica y la población, se desvela su otra cara, una vasta periferia de escala regional en la que han quedado aquellas ciudades que no han podido subirse al tren de las dinámicas metropolitanas de primer orden ni han tenido la capacidad de atraer inversiones. La segregación territorial se ha ido acentuando, sumando causas históricas, geográficas y económicas. Se da una polarización entre los núcleos urbanos articulados en ejes de rango internacional o nacional, y aquellos que quedan aislados, desconectados y dejan de ser competitivos. Desde hace años ciudades que se encuentran en esta situación periférica están viviendo un marcado proceso de declive y tratan de llamar la atención sobre las perversas dinámicas de desinversión y olvido territorial. El movimiento de la España vaciada trata de poner el foco de atención en esas provincias marcadamente rurales, vinculadas a ciudades medias, con plataformas como Teruel Existe, Soria Ya, y muchas más.

La maltratada y despreciada periferia metropolitana debe dejar de ser un conglomerado de espacios residuales para convertirse en un elemento vertebrador del territorio

El reto de encarar transiciones ecosociales supone pensar de forma alternativa la organización y gestión de la ciudad y el territorio. Una premisa para hacerlo es dejar de pensar desde los centros y al servicio de los centros, permitiendo que las periferias pasen a primer plano y considerando las potencialidades de estos espacios que han quedado al margen de una perversa noción de éxito económico. Las periferias urbanas, metropolitanas y regionales deben marcar una hoja de ruta para transformar nuestros sistemas urbanos poniendo las necesidades de las personas que los habitan y la reproducción de los ecosistemas naturales en el centro.

Periferias regionales, las ciudades medias e intermedias

Asociamos la vida en la ciudad a la capacidad de innovación y de creatividad, al dinamismo y al avance social. La Florencia del Renacimiento fue el epicentro de una revolución artística, social y política que se extendió por toda Europa y tuvo entre sus ciudadanos a célebres artistas, científicos y políticos. Florencia albergaba entonces poco más de 100.000 habitantes, un tamaño similar al que tienen Orense o Jaén en la actualidad.

En teoría, las ciudades de esta escala deberían ser espacios atractivos y con unas dinámicas sociales intensas, pues responden a lo que los urbanistas y estudiosos de la ciudad

han entendido como un espacio deseable que condensa las virtudes de la vida urbana: anonimato pero también oportunidades de encuentro, creatividad e innovación; acceso a servicios, equipamientos y empleo; vida cultural; paisajes identitarios... Sin embargo, existe una divergencia cada vez mayor entre la realidad de los sistemas urbanos contemporáneos exitosos y esa imagen idealizada de la ciudad media.

Si clasificamos las ciudades de nuestra geografía por tamaño, 129 se podrían denominar ciudades medias (entre 50.000 y 250.000 habitantes), en ellas se agrupan 13 millones y medio de habitantes, algo más que los 11 millones que habitan en las 16 grandes ciudades. De las 50 capitales de provincia, el 70% son ciudades medias y en ellas vive solo el 30% de la población. Sin embargo no es el tamaño lo más relevante a la hora de entender la estructura territorial, sino su inserción en sistemas metropolitanos o en ejes urbanos que pueden ser de rango global, estatal o regional. Esta vinculación condiciona su papel en una economía globalizada y desterritorializada en la que se pueden subir o no a la locomotora del crecimiento y la atracción de inversiones que posibilitan las economías de aglomeración.

Las periferias urbanas, metropolitanas y regionales deben marcar una hoja de ruta para transformar nuestros sistemas urbanos poniendo las necesidades de las personas que los habitan y la reproducción de los ecosistemas naturales en el centro

En este sentido el concepto de ciudades intermedias aporta claridad, acentuando el papel de la ciudad en el sistema urbano-territorial. Así, «la ciudad intermedia es aquella que media entre dos extremos, el pequeño y el grande; el próximo y el lejano; la que desarrolla funciones de intermediación entre escalas muy diversas (locales-regionales-nacionales-globales). Un nodo en el que confluyen y se organizan flujos muy diversos de personas, información o bienes y servicios».³ No todas las ciudades medias de nuestra geografía desarrollan funciones de intermediación, así las de menor tamaño, pequeñas capitales de provincia, cabeceras comarcales de interior y algunas ciudades del litoral, tienen una escala de influencia y de interacciones muy reducida.⁴

Las ciudades localizadas en territorios periféricos, alejados o mal conectados de los ejes y sistemas urbanos de alto rango se encuentran en una situación de aislamiento económico en la que a duras penas mantienen su importancia como cabeceras comarcales y como nodos de

³ C. Bellet y J. M. Llop, «Miradas a otros espacios urbanos: las ciudades intermedias», en *Geocrítica / Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. VIII, núm. 165, 2004.

⁴ C. Bellet y E. Olazabal, «Las ciudades intermedias en España: dinámicas y procesos de urbanización recientes», en Maturana et al., *Sistemas urbanos y ciudades medias en Iberoamérica*, Ed. Pontificia Universidad Católica de Chile, GEOlibros, 2017.

articulación territorial. El proceso de *periferización* que han sufrido se caracteriza por la desinversión económica y la pérdida de empleo, la migración de la población joven, o la dificultad en las comunicaciones mediante transporte público. Este relativo aislamiento no las ha librado, sin embargo, de quedar al margen del *tsunami* urbanizador provocado a principios de siglo, de modo que en muchos casos se ha perdido su carácter de áreas urbanas compactas.⁵

Ante una crisis multidimensional como la que afrontamos, las ciudades medias e intermedias, tanto las situadas en territorios periféricos como metropolitanos, necesitan repensar su funcionamiento y su papel en el territorio. Las ciudades que se sitúan en los ejes urbanos con mayor dinamismo económico y que de forma subordinada entran en los circuitos globales se nos presentan como exitosas; sin embargo, son vulnerables debido a su alta dependencia de las relaciones globales en un contexto de previsible crisis económicas, políticas, sociales y ecológicas que generan vaivenes en los equilibrios geopolíticos.

Las ciudades medias de territorios periféricos son igualmente vulnerables ante la desinversión y el deterioro de los servicios públicos, la pérdida de población y un cronificado declive económico. Además el abandono de territorios rurales conllevaría la degradación de los recursos naturales y la pérdida de prácticas que podrían ser claves para su reinversión. La transición ecosocial emerge como la mejor oportunidad para revertir las dinámicas de territorios periféricos. No en vano la etimología de emerger haría referencia a la salida a superficie tras un hundimiento.

De ciudades medias a nodos biorregionales

La biorregión se plantea como referencia espacial y funcional para la reterritorialización del sistema socioecológico. Es literalmente el lugar de la vida,⁶ un espacio definible por sus características geográficas, climáticas, hidrológicas y ecológicas, así como por las culturas y prácticas a las que ha dado lugar. Un espacio en el que es posible gestionar los recursos y ecosistemas naturales y en el que hacer más eficiente el metabolismo territorial cerrando los ciclos en proximidad. La biorregión sería el espacio de referencia para repensar la autonomía energética, alimentaria, económica y la adaptación ecológica de las actividades productivas, así como el ámbito en el que recuperar los vínculos y el arraigo territorial en sus dimensiones ecológica, económica, cultural y política. Su delimitación territorial permite romper la separación conceptual entre espacios rurales y urbanos, ya que entendiendo el territorio como un sistema interconectado se redescubren las relaciones de interdependencia y las posibilidades de renovados pactos entre ciudades y entre campo y ciudad.

⁵ C. Bellet y E. Olazabal, «De la ciudad compacta a la ciudad extensa. Procesos de urbanización recientes en áreas urbanas españolas articuladas por ciudades medias», *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 39(1), 2019.

⁶ J. L. Fernández Casadevante y N. Morán, *Raíces en el asfalto. Pasado, presente y futuro de la agricultura urbana*, Libros en Acción, Madrid, 2015.

Frente a un modelo desterritorializado, el enfoque biorregionalista busca desarrollar el potencial de los lugares mediante una relación virtuosa con sus recursos naturales basada en el cuidado y la conservación frente a la explotación, la adaptación frente a la manipulación y la cooperación frente a la dominación, huyendo de la lógica del crecimiento ilimitado, y promoviendo la autosuficiencia y el autogobierno.

La biorregión sería el espacio de referencia para repensar la autonomía energética, alimentaria, económica y la adaptación ecológica de las actividades productivas, así como el ámbito en el que recuperar los vínculos y el arraigo territorial

¿Pero, cómo se integra el sistema urbano en la biorregión, y qué papel pueden jugar las ciudades en ella? La implantación del espacio urbanizado en la biorregión es radicalmente distinta al modelo de urbanización difusa contemporáneo y a los sistemas jerárquicos de las regiones metropolitanas. Se basa en el reequilibrio y en el respeto a los valores y recursos naturales, y requiere la restitución de los sistemas agrarios, hídricos, boscosos y naturales. Las ciudades entonces pierden su condición de superioridad sobre el resto de sistemas, se anclan en su entorno de proximidad y repiensan sus funciones. Para ello deben recuperar y actualizar el conocimiento que se encuentra en su patrimonio territorial en forma de paisajes y construcciones adaptadas, de prácticas de custodia y cuidado de sus recursos.

La biorregión urbana está constituida por una multiplicidad de sistemas territoriales locales, a su vez organizados en racimos de pequeñas y medianas ciudades, cada una en equilibrio ecológico, productivo y social con su propio territorio. La biorregión puede ser grande y potente como una metrópoli: incluso es más potente que el sistema metropolitano centro-periférico, porque produce más riqueza a través de la valorización y de la inclusión en red de cada uno de sus nodos periféricos. Por tanto, evitando congestión, contaminación y deseconomías externas; reduciendo los costes energéticos y los costes de las emergencias ambientales; reduciendo la movilidad inútil en sus fuentes, y construyendo equilibrios ecológicos locales, que a su vez reducen la huella ecológica o la insostenibilidad debida a la extracción de recursos de regiones lejanas y empobrecidas.⁷

Por tanto, las ciudades medias serían en principio las más adecuadas para liderar este enfoque biorregional, especialmente aquellas situadas en territorios periféricos. Estas ciudades cuentan con unas potencialidades desde las que repensar su papel territorial y la organización de su metabolismo social, que podríamos sintetizar en cuatro aspectos:

⁷ A. Magnaghi, *El proyecto local, hacia una consciencia del lugar*, Ed Iniciativa Digital Politécnica, Publicacions Acadèmiques, Universidad Politécnica de Cataluña (UPC), Barcelona, 2011.

- Buen gobierno del territorio, que hace referencia al modo de gestionar el espacio no urbanizado;
- Calidad de vida urbana, que tiene que ver con las condiciones de habitabilidad y cumplimiento de las necesidades de la población;
- Gobernanza y participación, en cuanto a la capacidad de intervención en las decisiones políticas, y el sentido de pertenencia y arraigo territorial;
- Articulación comarcal y cooperación intermunicipal, referido a los vínculos y coordinación entre ciudades y campo-ciudad.

En la siguiente tabla se describen los rasgos urbanos que alimentan las cuatro potencialidades, y se valora su situación actual. De este modo podemos advertir diferencias significativas entre las cuestiones que pueden servir de palanca para el cambio en los distintos territorios.

POTENCIALIDADES SEGÚN TIPO DE CENTRO URBANO		
	PERIFÉRICAS	METRO POLIZADAS
Buen gobierno del territorio		
Continuidad de ecosistemas	↑	↓
Integralidad y calidad de recursos naturales	↑	↓
Identidad territorial, adaptación geográfica, paisaje cultural	↑	↓
Cultura territorial, salvaguarda de los recursos naturales	≈	≈
Territorialización metabólica, equilibrio ecológico	↓	↓
Biomímesis en los procesos económicos	↓	↓
Calidad de vida urbana		
Escala humana	↑	↑
Compacidad y accesibilidad	↑	↑
Menores distancias de vida	↑	↓
Identidad patrimonial	↑	↑
Calidad del medio ambiente urbano	≈	≈
Proximidad gobierno local, actores sociales y económicos, ciudadanía	↑	↑
Soberanía, capacidad de decisión	↑	≈
Participación comunitaria	≈	≈
Conciencia de lugar	≈	↓
Articulación comarcal y cooperación intermunicipal		
Instituciones supramunicipales	↓	↑
Conectividad: infraestructuras de transporte	↓	↑
Estrategias y planificación comarcal	≈	↓
Centralidades comarcales		↑
Proximidad producción-consumo	↑	↓
Economía local	≈	↓

Fuente: Elaboración propia

La desconexión de las inercias metropolitanas y la mayor proximidad a los ecosistemas naturales debería hacer más sencillo apostar por modelos de desarrollo local autosustentable.

Esta reterritorialización política, económica y socioambiental, supone recuperar y poner en valor recursos naturales, paisajes agrarios y producciones típicas, saberes y culturas ambientales, productivas y artísticas, arquitecturas vernáculas, energías renovables descentralizadas, etc., proyectos locales basados en el autorreconocimiento de las peculiaridades identitarias y patrimoniales como base de una nueva economía, que integre los valores de la economía ecológica y la economía social y solidaria.

La mayor ventaja de los territorios periféricos se encuentra en que han conservado un territorio rural de entidad debido a la menor expansión de usos urbanos, industriales y sobre todo de infraestructuras. El soporte construido de las ciudades medias debería facilitar una mayor calidad de vida, permitiendo anclar la vida cotidiana y la satisfacción de necesidades de forma más local, frente a los desplazamientos pendulares que se dan en los modelos metropolizados. Y en términos ideales las administraciones locales deberían ser más accesibles a la participación y el desarrollo de herramientas de autogobierno. De igual modo las ciudades medias conformarían una constelación interconectada, cada una conformando una unidad con su territorio circundante, y estableciendo redes policéntricas de gobiernos locales.

Un imperativo fundamental para hacer posible esta transición es que se produzca un profundo cambio cultural, que la escuela territorialista italiana simbolizaría en *el paso de la conciencia de clase a la conciencia de lugar*. La conciencia de clase en la tradición del movimiento obrero europeo era la forma de reconocerse, de tomar conciencia de la explotación y, por tanto, de la organización en cuanto a clase. Hoy el territorio se ha convertido en la base sobre la que reencontrarse y reidentificarse colectivamente, dando pie a una comunidad que toma conciencia del lugar. Una nueva vida y un nuevo modelo de desarrollo que conoce, protege y valoriza el patrimonio local, cambia sus valores y prácticas avanzando hacia una producción de una riqueza perdurable.⁸

Del mismo modo que en el siglo XVIII las Sociedades de Amigos del País estaban presentes en prácticamente todas las provincias con el fin de aplicar los avances científicos a la economía local y difundir las ideas de la Ilustración, o que en el siglo XIX los Ateneos Populares y las Casas del Pueblo hicieron accesibles recursos culturales y educativos a la clase obrera y el campesinado, hoy resultan necesarias nuevas instituciones socioculturales capaces de arraigar esta nueva cultura del territorio.

Las Plataformas Ciudadanas que se vienen rebelando contra el olvido y la desinversión, el municipalismo rural, los movimientos agroecológicos y el ecologismo social están trazando las hojas de ruta de una urgente transición ecosocial. Esperemos que las periferias tengan la capacidad de implosionar el sistema y poner en el centro la sostenibilidad de la vida.

⁸ J. L. Fernández Casadevante y N. Morán, Nerea, «Entrevista a Antonio Magnaghi», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* núm. 123, 2013.